

# TE RUEGO QUE PASES VIAJERO

*Rafael Ramírez Heredia*

No podría iniciar como mi amigo Juan Bañuelos en: "Me han pedido que escriba algo acerca de tu muerte", pues nadie me ha pedido algo, y no creo poder escribir acerca de tu muerte legendaria y poco creíble, para los que de una forma u otra te supimos cerca.

No podría iniciar describiendo las magnificencias de tu carácter (odio la palabra magnificencia, pero es muy cercana a ti) o las bríosas cabriolas de tus manos; tengo que remontar las horas y los días para saberte cubierto de hachazos y ataques en bombardas de extranjería.

Podría, quizá, si me lo permites, recordar la tarde en que te miré como nueva mitología móvil en tu casa, cerca del declive del inicio de la cordillera. Entonces tú voz me orilló a escribirte un poema pequeño, que tú alabaste amablemente, sabiendo que era no más que el suspirar de un ser mínimo frente a ti de voz ampulosa y frente arrugada. Un poema de diminutas palabras rodeado por colores de tu bandera blanco-azul-rojo con la estrella de cinco picos marcando el inicio de mis letras, angustiadas por tu presencia y tu paciente espera. En ese momento mi poema era apenas un vuelo de ballestas y ahora, cuando medio mundo grita y el otro medio calla avergonzado, recorro con la mirada mis libros y mi estudio, y miro el poema pegado al marco de la ventana-balcón, detenido con desiguales trozos de cinta adhesiva transparente.

"Un sabor de huaso  
brincando en las notas de la cueca  
mientras la ciudad recorre su lucha  
en hileras de comida recién encontrada."

Así se iniciaba el poema. Hoy lo miro más endeble. Es entonces cuando siento tu mirada frente a la mía, allá, cerca de la cordillera la tarde cuando anunciaron que nos recibirías en la casa de la calle de Tomás Moro. Sabor de utopía, de no creerlo, de esperanza jamás creída. Ni siquiera la noche anterior cuando desde arriba de los picos, más allá de las nieves, en el calor de la bina "presurisada" sentimos el descenso hacia la ciudad iluminada. Para entonces el avión de Lan se había remontado de la casi caída pues los brincos de la cordillera remataron de alguna manera contra el fuselaje. "Los pasajeros con destino a Lima, Perú, favor de no abandonar sus asientos al llegar a Santiago, allí haremos una escala técnica para continuar el viaje hasta el aeropuerto internacional de la ciudad de Lima." Eso lo habían dicho antes, mucho antes, creo que al estar pasando por arriba a la ciudad de Mendoza, pero al llegar al declive de la cordillera, el avión se movió como extrañando su terruño o si de tan sentirlo cerca deseaba ir más aprisa y cobijarse en los hangares para de allí nunca salir ni en las mañanas tibias del verano. El alerón izquierdo se movió

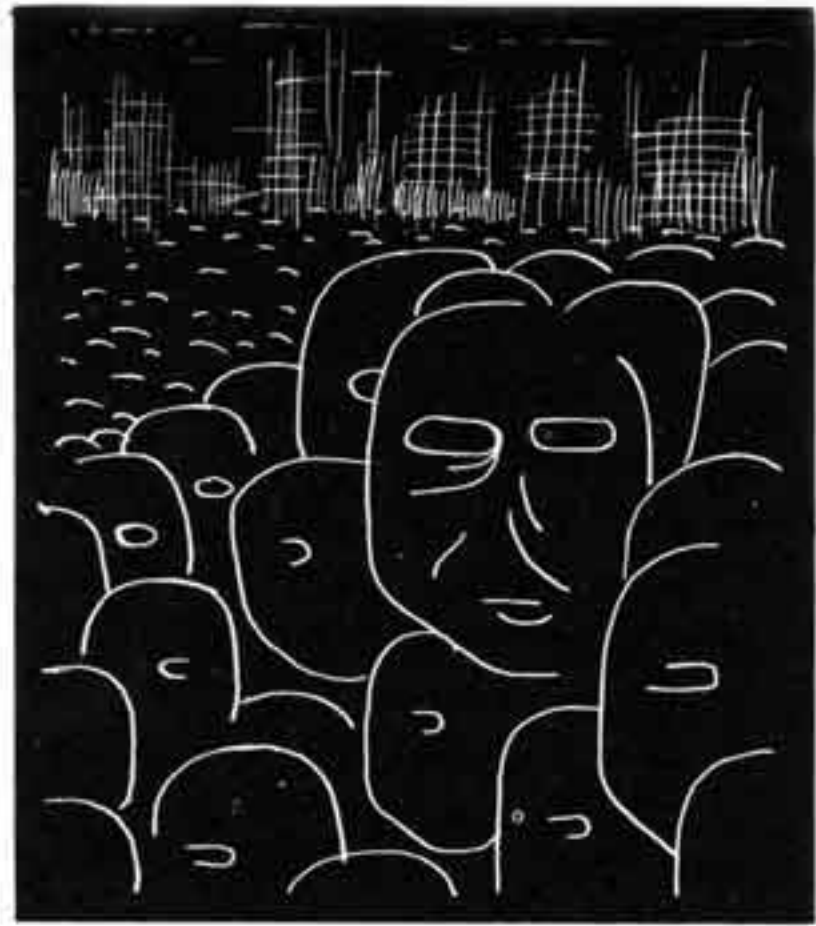


en un extraño reclamo de avispon herido y este movimiento se reflejó en las caras de los de adentro. Junto a mí se escuchó el ¿qué pasa? Nada, hombre, es el viento. Pero mis ojos no se despegaban del alerón que entraba y salía de su cueva-ala-refugio y entonces la ciudad se inclinaba o se levantaba depende del lado donde se moviera el 727 de Lan. “Los pasajeros con destino a Lima, Perú, al aterrizar en Santiago, favor de abandonar el avión pues por razones técnicas, tendremos que continuar el viaje en otro aparato.” Con esas palabras se iniciaron las vueltas en derredor a la capital de allá abajo, tan cerca y tan lejos. “Por razones técnicas (otra vez las odiosas razones técnicas) sobrevolaremos la ciudad durante unos minutos (que pueden ser mil o dos), se suplica a los pasajeros abrocharse su cinturón de seguridad y colocar en sus rodillas las almohadas que las azafatas les irán entregando.”

Con las luces risueñas o la oscuridad del cielo, si el Lan se inclinaba. Vamos a bajar, pensé, cuando el 727 picó hacia la pista. Va muy rápido, pero el piloto ha de saber su cuento. Escuché el sisear de los alerones contra el viento y de improvisto el ruido de los motores llenó el espacio; el 727 de Lan se trepó de nuevo hacia las nubes. Varios intentos de aterrizaje y varias subidas de nuevo con los motores rasguñando los oídos. “¿Qué pasa?” —me preguntaron de nuevo. Nada, estáte sin mover. Mala construcción, debí decir: “No te muevas, tranquilízate.” O algo así mientras iniciábamos la ya no sé qué número de vuelta sobre la ciudad reclinada en los copihues y en la cordillera. Algunos meses más tarde de igual forma sobrevolaron la ciudad unos aparatos Hawk Hunter sólo que ellos llevaban la mira directa, apoyados por los dineros de afuera y el refinamiento de los adoradores de la “once”. De los momios, gritarían los nuevos, ahora antiguos perseguidos.

Seguro el piloto del Lan 727 no le quedó otro remedio pues enfiló hacia abajo dejando escurrir el sonido de los motores y de los alerones botando contra mis nervios y el acercamiento definitivo a la pista alumbrada. La miré al dar un giro de cuarenta y cinco grados. El parpadeo de las luces de la pista me hicieron pensar en la cordillera, en aviones uruguayos, en carne de hombre, en frío, en las horas pasadas arriba con los brincos, las esperas, las subidas y bajadas, los rezos de los pasajeros. (Ahora sí le entra.) Casi a 250 kilómetros por hora el Lan 727 llegó al principio de la pista marcado con rayas gruesas, entonces se acercó la tierra hasta unirse a nosotros con el sonido chillante de las llantas y el quejarse de las toneladas de fierro y carne que se asentaban en el transcurso de la carrera por la pista del aeropuerto, el sonido del reversible quebró los pocos oídos que aún quedaban sin taparse. Bueno, pensé, estuvo del diablo, pero ya bajamos. Todo eso cuando la música de la cueca llenó el aparato, las voces de las azafatas que daban las gracias por haber escogido esa línea de aviación, que nos esperaban pronto, “no olviden los objetos de mano”. Todas esas miles de obsesivas palabras que se unen de aeropuerto en aeropuerto, todas en idiomas diferentes pero con la construcción inglesa: “Su atención por





favor.” “El capitán y su tripulación les dan. . .” en fin, era cosa de criticar un poco para mover los labios y remozar la saliva. ¿Habrán remozado su saliva a gusto los pilotos de los Hawk Hunter cuando se acercaban a la capital e iban, dentro de poco, a despertar con su oleada a los titulares de los diarios, a los editoriales y hasta los constructores de pequeños poemas utópicos como la teoría del hombre cuyo nombre adornaba la calle de cerca del inicio de las alturas y las nieves?

Meses después en la manifestación miré repetido tu nombre y tu rostro miles de veces mientras mi mano sostenía tu bandera y caminaba entre tantos recuerdos.

El aire tibio de la noche movió la camisa y el sombrero de cangaceiro lampiao que colgaba, como desde muchos días antes, de mi hombro. Allí fue donde pensé en la posibilidad de verte y los nervios de las horas dentro del Lan 727 se olvidaron aguardando el paso de los documentos y las migraciones. Todo eso con mi sombrero de cangaceiro lampiao colocado como escudo o inventado por mí mismo para descubrirlo frente a ti, a tu cercano nombre que ofreció más posibilidades al llegar a la ciudad, al hotel, a mirar las calles o el río Mapocho. Esa costanera vieja. O la estación. La calle Carlos Valdovinos, sonreí de saberla junto como cerca estabas tú, aún sin que en ese momento pensara en el pequeño poema que te iba a escribir frente a frente cuando tú hablabas de los procesos revolucionarios, marcando precisamente la palabra “los”, juntando la “l” con la “o” y apretando las dos contra “procesos” donde la “e” de “proceeee” se alargaba en un esfuerzo eterno de llenar todas esas horas de batalla desde tus 16 años hasta tu acorazamiento de bandas representativas.

“Calor en la música de un pueblo  
que sucede un interés pasado en la nada  
a un presente de libertad muy  
propia.”

Hablar ahora de libertad contigo es marcar muescas de muerte en la pistola de un gatillero del oeste, por eso prefiero seguir charlando y recordar lo que tú por vivir allí muchas veces viste: La avenida Pedro Aguirre Cerda. O la Manuel Rodríguez, no es “Manolete”. Posiblemente tú ni oíste hablar de “Manolete” y sí pasaste por Manuel Rodríguez, como seguro debes haber pasado, no lo coordinaste con el delgado hombre de Córdoba que llevaba, como tú, desde el primer instante de tu nuevo paso, una herida-estrella en la boca que seguramente Ruano Llopis dibujó al plasmar en la tela la media verónica del “monstruo”, como en ti hubiese sido una eterna verónica luminosa, más grande que tus cordilleras y más lejana que el mar del pacífico quien muchos años antes te miró hacer en un destino prefabricado por cárceles, luchas y vergüenza total. Qué diría O’Higgins cuando más adelante se convierte en calle Alameda. Ahora dirijo mi texto, hacia lugares que no quisiste evitar por ser antes que Social, Hombre y Fiereza.

Recuerdo cuando te miré alzar los puños y enronquecer la voz en esas palabras dichas



en el lugar donde las letras de oro son el reconocimiento oficial de antiguas luchas de paisanos míos. O sin corbata (maldito trapo al que nunca tú y yo nos acostumbramos) hablar en las aulas de nuestra ciudad de occidente, cuando los estudiantes y los periodistas y los guaruras y los escritores y los vagos y los televidentes te mirábamos como extrañando las frases huecas, pues en ti eran tan reales y tan llenas, como un mundo nuevo y viejo, sólo cambiado por la tónica y el sabor de tus letras llenas de frescura en donde los paseos de tu infancia o los años de combate en las universidades fueran saliendo en una entrega absoluta de lealtad hacia ti y hacia tu pueblo.

Todo esto me viene hoy a la memoria mientras golpeo con rabia la vieja máquina de escribir de mi abuelo y recuerdo las notas de los periódicos, la sorpresa de mi amigo Miguel cuando le dije lo que te habían hecho (te habían, no te habías) y el dolor de mis cercanos seres cuando aceptaron que lo dicho en la radio o en la tele era cierto, no un engaño de día de inocente o el despertar de una mala noche. Era tan verdad como verdad eran tus horas de batalla contra los de afuera y los gorilas. Recuerdo también cómo te miré aquí y allá. Acá entre mi gente y allá también entre la mía, pero tú con la tuya como si todos nos protegiéramos en un cercano latir de personas y canciones de tu país y el mío. Nadie me ha pedido que escriba acerca de ti o lo que te pasó, pero no me atrevo a dejar la máquina silenciosa cuando tú en esa misma mañana te tocaste con un casco (con esa elegancia) con un casco, y dejaste el escapelo o el bisturí, el libro o los poemas de tu paisano de la Isla Negra y tomaste la metralleta que seguro se miraba extraña en tus manos gruesas y salpicadas de manchitas. Tu bigote blanco se encrespó al reclamarle a los miserables su olvido. Tu metralleta, regalo del "Comandante"; se estremeció de balas, y las escuchaste cerca cuando todo se había terminado o bien, mejor decirlo, cuando todo se iniciaba y tu nombre brincaba las fronteras y espacios de los siglos de las vidas.

Qué ínfimo ese mi poema y que sólo tu atención de aquella tarde hoy lo hace grande. Estará junto a mí, cerca de mi máquina para que al entrecerrar los ojos te mire fuerte, con la cabeza un poco ladeada, escuchando:

Lucha de cobre y siglas extranjeras (esas siglas que marcaron un rip: *cia, itt, fbi, etc.*)  
como coyotes,  
como asesinos  
Existen miles de palabras  
(en el poema de aquella tarde, o en las vivencias de hoy)  
miles de palabras y de acciones  
pero para eso estás tú  
compañero presidente

Y ahora que te recuerdo y te siento, pienso que debí escribir un poema más largo —lo suficientemente largo para haberme quedado allí, contigo.